

Barba Negra

Habíamos dejado Jamaica a finales de marzo de 1717, con un buen cargamento de quinquina y de ron. Y teníamos planeado comprar, a lo largo de la costa, variadas frutas de gran excelencia con el fin de venderlas en las islas que no las producen, como guayaba, papaya, mamey, junipa, combari y manzanas de color caoba, de entre las cuales no hay nada mejor que los zapotes, que tienen el tamaño de una pera y la carne carmesí. El dueño de nuestra chalupa, la *Aventure*, era David Harriot, y llevábamos a bordo a dos mujeres de alegre vida, españolas, llamadas Machilla y Machillón. Conocían bien la región, y visitaban las posadas para animar a los señores marineros a beber su ron; cada una llevaba en su pecho una pequeña bolsa de piel cosida llena de monedas de a ocho.

El 9 de abril por la tarde, delante de Turniff, diez leguas por debajo de la bahía de Honduras, guiados por

una fuerte brisa, vimos de repente una chalupa con ancla cerca de una gran nave parecida a las que llevan productos de pacotilla a Guinea. Apenas el capitán de la *Aventure* había ordenado despejar el puente y preparar la carronada, cuando la gran nave a estribor dejó escapar el humo de un cañonazo y la chalupa extranjera ondeó una bandera negra y se lanzó sobre nosotros. Machilla y Machillón juraron por todas las santas de España y se insultaron mutuamente por todos sus pecados; pero el capitán David sacó sus pistolas y por el movimiento de sus labios comprendimos que nos ordenaba tomar las armas contra los piratas; el sonido de su voz se perdía entre el horrísono estrépito de varias botellas llenas de pólvora y de esquirlas de hierro que comenzaron a estallar entre las vergas, el velamen y contra la borda. A través de la espesa humareda y antes de que ninguno de nosotros tuviera tiempo de hacerse con un mosquete o con un sable, comenzaron a descolgarse hombres parecidos a diablos, que juraban con toda la fuerza de sus pulmones. Uno de ellos, más infernal que los demás, provocó el pismo de las dos muchachas españolas. Lucía una barba negra que le caía hasta la mitad del pecho y le remontaba hasta justo debajo de los ojos, y su melena estaba trenzada con lazos que daban vueltas alrededor de sus orejas. Su cara estaba totalmente embadurnada de hollín. Mordía un cuchillo desnudo, exhibía una pistola en cada mano y cuatro pistolones se entrechocaban en sus fundas, por encima de su bolsa de pólvora, balanceándose en una bandolera que le cruzaba el cuerpo. Bajo los dos cuernos de su sombrero colgaban dos me-

chas de arcabuz encendidas que iluminaban de rojo su cara. Así fue la aparición, entre los vapores de sus diabólicas botellas, del pirata Barba Negra.

Nos lanzaron maniatados a la chalupa y nos condujeron a patadas a lo largo de la borda de la gran nave de cuarenta cañones, la *Revanche*, en la cual ondeaba la bandera negra con la calavera tocada con un tricornio. El capitán Barba Negra nos esperaba en la tilla, y las dos mechas bajo su sombrero aún humeaban expeliendo un apestoso hedor a cuerno chamuscado. Nos ordenó, con un tono enronquecido por el ron y en su jerga inglesa, que declararíamos nuestras riquezas. Machilla y Machillón se santiguaron, lo que permitió a los piratas ver sus pequeñas bolsas de cuero, que arrancaron sin contemplaciones. Ataron los pulgares del capitán David con una mecha a la que prendieron fuego, pero no pudo desvelar ninguna fortuna escondida. Cuando sus aullidos comenzaron a resultar insoportables, Barba Negra le hundió su cuchillo en la garganta mientras se retorció las trenzas con un gesto de impaciencia. Entonces se giró hacia los demás piratas y lamió la sangre que empapaba la hoja del cuchillo y su empuñadura. Mi garganta enronqueció totalmente por el horror. Colocaron una tabla en la borda y obligaron a todos y cada uno de los marineros de nuestra desdichada chalupa a correr por la misma a punta de sable hasta caer al mar y hundirse en él.

En cuanto a mí, siendo un muchachuelo, pasé al servicio de Barba Negra, y Machilla y Machillón pasaron a manos de los hombres tras el gran tumulto provocado por la distribución del ron. El capitán en